

# Sobre la exterminación de los cocodrilos en Auvernia

---

*Julio Cortázar*

**E**l problema de la exterminación de los cocodrilos en Auvernia preocupa desde hace mucho a los gobernantes y administradores de esa región, que tropiezan con dificultades de todo orden para llevar a cabo su tarea y en varias oportunidades han estado a punto de abandonarla con pretextos atendibles, aunque evidentemente falaces.

Los pretextos son atendibles, pues en primer lugar no se sabe de nadie que haya declarado jamás haber visto un cocodrilo en Auvernia, cosa que dificulta desde un comienzo toda tentativa de exterminación de estos animales. Las encuestas más sutiles, basadas en los procedimientos preconizados por el Instituto Butantán y la FAO, tales como las indagaciones paralelas en las que nunca se pregunta por el tema central propiamente dicho sino que se acumulan datos marginales capaces de facilitar luego, por un método estructural, el conjunto que ponga en evidencia el objetivo buscado, se han saldado siempre por un fracaso completo. Tanto la gendarmería como los psicólogos encargados de estas diferentes investigaciones tienen la convicción de que las respuestas negativas e incluso la estupefacción que se trasluce en los interrogados, prueban inequívocamente la existencia de enormes cantidades de cocodrilos en Auvernia, reptiles que ponen en peligro la vida y la salud de la población, especialmente en las zonas rurales, y que dada la mentalidad propia de los campesinos existe entre ellos un tácito entendimiento ancestral que los lleva a manifestar su más profundo asombro cuando se los entrevista en sus granjas y tierras labrantías y se les pregunta si alguna vez han visto a un cocodrilo en las inmediaciones, o si un cocodrilo ha devorado las ovejas o los niños que constituyen sus medios de vida y de perpetuación.

No cabe la menor duda de que casi todos los campesinos han visto a los cocodrilos, pero como sospechan que el primero que los denuncie verá gravemente comprometida su tranquilidad personal y sus labores rurales, dejan pasar el tiempo a la espera de que algún otro campesino, exasperado por la devastación que estos nocivos animales llevan a cabo en sus campos y establos, se decida a formular una queja ante las autoridades. Según

cálculos de la OMS, de cuatro a cinco siglos ha pasado ya en esta expectativa, y es evidente que los cocodrilos aprovechan de esas circunstancias psicoeconómicas para multiplicarse y proliferar en Auvernia sin el menor inconveniente.

En los últimos tiempos se ha procurado convencer a algunos campesinos más instruidos o inteligentes de que no sólo no perderían nada si revelaran la existencia de los cocodrilos, sino que su exterminación mejoraría considerablemente el nivel de vida de esta provincia francesa. Para ello, los asistentes sociales y los psicólogos especialmente enviados desde los centros urbanos han dado las máximas garantías de que la denuncia de la existencia de los cocodrilos no comportaría ninguna molestia para el campesino que la formulara; en ningún caso se le pediría que abandonase sus tierras para repetir sus declaraciones en Clermond Ferrand o en otra ciudad, no se invadiría su propiedad con fuerzas policiales, y no se envenenarían las aguas de sus manantiales. De hecho, bastaría que los cocodrilos fueran formalmente denunciados para que las autoridades aplicaran de inmediato el plan conjunto y general de liquidación de esos peligrosos saurios, plan preparado desde hace mucho en sus más mínimos detalles y cuya ejecución redundaría en un inmenso beneficio común.

De nada han valido las promesas. Hasta hoy no se sabe de nadie que haya visto a un cocodrilo en Auvernia, y aunque los investigadores poseen indicios científicos de que incluso los niños de más corta edad están perfectamente enterados de su existencia y la comentan entre ellos mientras juegan o dibujan, los cocodrilos siguen gozando de la maligna impunidad que les da su falsa inexistencia. Se comprende que en tales condiciones su exterminación resulte más que problemática, y que el peligro de bañarse en los ríos o pasear por los campos se intensifique a medida que pasan los años. Las frecuentes desapariciones de menores, que la policía se ve precisada a atribuir por necesidades estadísticas a la espeleología de aficionados o a la trata de blancas, responde sin duda alguna a las depredaciones de los cocodrilos. Es frecuente que los campesinos de tierras colindantes se disputen y hasta se degüellen luego de acusarse mutuamente de la desaparición de ovejas y terneros; en el mutismo obstinado que sigue a esos sangrientos feudos, los psicólogos han sospechado la oculta convicción de que los verdaderos culpables son los cocodrilos, y que las acusaciones personales responden como siempre al deseo de fingir una ignorancia que en el fondo no engaña a nadie. ¿Cómo explicar, por otra parte, que jamás se haya encontrado un esqueleto de cocodrilo muerto de vejez o enfermedad? Los pescadores de truchas de la región podrían responder seguramente a esa pregunta, pero también ellos, naturalmente, callan; no es difícil imaginar que las frecuentes hogueras que se encienden por las noches so pretexto de

hacer carbón de leña, encubren bajo espesas capas de ramas y troncos los restos que revelarían por fin la existencia de esos dañosos animales.

A la espera de que un descuido, una admisión involuntaria o cualquier otro beneficio del azar proporcione finalmente la prueba oficial necesaria, las autoridades han preparado desde hace años el dispositivo necesario para la exterminación de las enormes cantidades de cocodrilos que infestan la región de Auvernia. Gracias a la esclarecida cooperación de la UNESCO, los mejores especialistas africanos, indios y tailandeses han comunicado métodos y facilitado instrucciones que permitirían acabar en muy pocos meses con la plaga. En cada cabeza de distrito hay un funcionario que dispone de plenos poderes para llevar a término una operación fulminante contra los cocodrilos, y se cuenta con depósitos estratégicamente situados en los que se han reunido las armas y los venenos más eficaces. Cada semana se hacen ejercicios teóricos en las escuelas de gendarmería especializadas en la lucha contra los cocodrilos, y a la llegada del otoño, época en que estos reptiles desovan y muestran una mayor tendencia a reposar al sol y a aletargarse, se cumplen extensas maniobras en las zonas rurales, que incluyen el dragado de los ríos, la exploración de infinitas cavernas y pozos, y la batida sistemática de campos y pajares donde podrían esconderse las hembras para criar a sus pequeños. Todo ello, sin embargo, asume hasta ahora la forma exterior de una campaña ordinaria contra los insectos dañinos, las aves predatorias y los cazadores furtivos, pues es comprensible que las autoridades no deseen exponerse al ridículo de perseguir animales acerca de cuya existencia no existe ningún testimonio concreto. Los campesinos están sin duda perfectamente al tanto de la verdadera índole de estas operaciones, y contribuyen con la mejor buena voluntad a su ejecución siempre que responda a los fines aparentes ya mencionados, pues los psicólogos que acompañan a la gendarmería en sus expediciones han podido comprobar que toda mención casual de los cocodrilos, formulada por descuido o con fines indagatorios, es recibida con manifestaciones de asombro o hilaridad, que si bien no engañan a nadie comprometen el desarrollo de las operaciones al poner en crisis la imprescindible solidaridad que se requiere entre los campesinos y las fuerzas armadas.

En resumen, y aunque este aserto pueda parecer demasiado abstracto, Auvernia se encuentra eficazmente protegida contra los cocodrilos, cuyas depredaciones podrían ser desbaratadas en contado tiempo. Desde un punto de vista estrictamente teórico y logístico puede incluso afirmarse que no existen cocodrilos en Auvernia puesto que todo está preparado para su extinción. Desgraciadamente, mientras las circunstancias no permitan pasar a los hechos, Auvernia seguirá infestada de cocodrilos que constituyen un peligro permanente para la economía y el bienestar de esta hermosa región de Francia.